

CAPITULO XXXII.

Opinion que todos tenian de la santidad de Felipe.



UNOS dones tan maravillosos, acompañados de las mas eminentes virtudes, llegaron á formar de nuestro santo el objeto de la admiracion y aprecio universal. Los mismos soberanos pontífices le consideraban y veneraban como á un santo. De aquí es que no hay que extrañar que un Paulo IV no perdiese ocasion de encomendarse á sus oraciones: que un Pio IV le llamase á su lecho de muerte: que Pio V se felicitase de tener en Roma á un hombre tan poderoso en obras y palabras: que un Gregorio XIII, no satisfecho con consultarle en los negocios difíciles, gustase de hablar familiarmente con él y le hicie-

se estar cubierto en su presencia: que un Clemente VIII confiase tanto en sus oraciones, que de ellas esperaba la conservacion de su salud y que cuando se enfermaba atribuyese sus males al olvido de nuestro santo. “Id, decia en tales circunstancias á los que le rodeaban, á recordar al Padre Felipe, la promesa que me tiene hecha de rogar á Dios por mí. ”Siempre que el santo iba á verlo, lo abrazaba con ternura al entrar y al salir. No hay que extrañar por último, que tambien el Señor Gregorio XIV, acostumbrase besarle la mano, valiéndose de su autoridad de pontífice, para obtener de nuestro santo este acto de condescendencia.

Respecto de los cardenales, todos le amaban, le buscaban á porfía, y le tributaban la mas profunda veneracion. Puedo probarlo con auténticos testimonios y hechos muy interesantes. El cardenal Valeri, Obispo de Verona, prelado tan recomendable por su ciencia y piedad, escribió en elogio de nuestro santo, aún cuando estaba en la tierra, un libro intitulado: *Felipe ó la Alegria cristiana*. Era un panegírico completo del siervo de Dios, en que se le llamaba despreciador del mundo, enemigo del vicio, cultivador de las virtudes, maestro de la sinceridad, propagador de la humildad, apoyo del débil, padre de los pobres, guia de la juventud, providencia de todos, y el santo amable por excelencia. ¿Podría yo escoger mejor testimonio?

El cardenal Paleotti, arzobispo de Bolonia, en una obra sobre las excelencias de la vejez, hacia del santo aun en vida suya, el mas lisongero elogio. "Podría yo, decia, ir á buscar en nuestros libros sagrados y en las historias eclesiásticas, antiguos modelos que ofrecer á mis lectores: pero ¿para qué tomarme este trabajo, cuando el Cielo nos ofrece hoy uno sobre la tierra? Id á Roma y allí encontrareis un anciano venerable de ochenta años, sencillo y alegre como un niño, puro como un ángel, ilustrado con las luces de Dios como un querubín, abrasado de amor como un serafín, cuya vida toda se ha empleado en convertir á los pecadores, perfeccionar justos y hacer santos. Ese admirable anciano nació en Florencia y se llama Felipe Neri."

El cardenal Cusano, que vivió por largo tiempo en la intimidad de nuestro santo, da de él el siguiente testimonio: "Ningun siervo de Dios he conocido tan venerado y justamente apreciado como Felipe, á causa de la opinion que se tenía de su eminente santidad. Admitido yo á vivir en su familiaridad, pude entónces ser testigo de sus virtudes y decir ahora, que mientras mas las contemplaba, mas brillantes me parecían."

El cardenal Federico Borromeo, decia que no habia habido en los siglos anteriores un santo que pudiera compararse con su padre Felipe, en talentos y en virtudes. "Muchas veces, decia, me he puesto de intento á indagar qué podría faltar á su perfeccion: pero trabajo inútil, porque nunca

llegué á descubrir la menor falta ni el mas pequeño vacío."

El cardenal Octave Paravicini, todavía podia hablar sobre este particular con mas propiedad que los otros; porque desde la edad de seis años hasta la de veintiocho, fué testigo diario de todas sus palabras y acciones. Alabábale continuamente; y la adhesion que tuvo hácia su persona aun despues que fué revestido de la púrpura, habla mas elocuentemente aún que todos sus discursos. No satisfecho con pasar en su compañía, durante el dia, todo el tiempo de que podia disponer, prolongaba sus visitas por las noches, y con este fin tenia por suyo un cuarto en el Oratorio. Cuando el santo estaba enfermo no se separaba de su lado, y le servía como acostumbraba hacerlo en su juventud. Un dia que estaba cerca de su cama, hizo salir Felipe á todos los concurrentes, y le dijo: "Mi querido Octave, deseo hablar con vos á solas; pero si me viene la tos y tengo necesidad de escupir, me presentareis la bacinica como lo haciais en otro tiempo ¿no es verdad?---De muy buena voluntad, padre mio, respondió el cardenal; siempre tengo por una dicha el poder servir en alguna cosa." No lo ignoraba el santo, y es muy de creerse que era su intencion darle este gusto. En su última enfermedad fué un verdadero dolor para el prelado no poder ya acreditarle su amor en los pequeños oficios ordinarios, y así lo declaró en su deposicion,

añadiendo que nunca le sirvió sin dejar de experimentar un consuelo extraordinario.

El cardenal Bandini se gloriaba de haber en su niñez servido la mesa á nuestro santo, y muy particularmente de que le hubiera dado una de aquellas cariñosas palmaditas que daba á los niños después de haberles dicho alguna cosa importante, que deseaba conservasen en la memoria.

Hé aquí lo que escribía el cardenal Tarugi, arzobispo de Avignon, en alabanza del santo, cuando aun estaba en este mundo: “¡Que ya no pueda yo participar de la dicha de los que oran en la capilla en que mi santo padre celebra los divinos misterios! A pesar de la distancia á que me hallo, yo me transporto con el pensamiento á ese recinto sagrado á la hora de su misa, persuadido de que cuando eleva sus manos al cielo, se acuerda de sus hijos; y yo estoy cierto que no soy el último en su memoria. Santa Catarina de Sena se habia formado un lugar secreto en su propio corazon, en el que se retiraba con su Jesus, para huir del ruido de los hombres y de la discipacion de los negocios del siglo. Por lo que á mí toca, busco el mio en el corazon de mi padre, seguro de encontrar tambien en él á ese dulce Salvador, y de poder allí á mi sabor conversar con él. ¡Ah! gozad, gozad, mientras podeis, de la dicha de vivir en compañía de ese hombre angelical. Yo tambien disfruté por mucho tiempo de este inestimable favor; pero no usé de él como debia, y Dios me privó de él en castigo de mis pecados.”

He aquí tambien el elogio que el cardenal Pamphili tributaba á nuestro santo. “Felipe recibia á cuantos se le acercaban con una extremada caridad, los alentaba y recreaba; de modo que todos se retiraban contentos y llenos de admiracion por sus eminentes virtudes. Mirábanle como un santo; y tenian razon, porque puedo decir que reunia en su persona todas las cualidades que distinguen á los amigos de Dios, y que las conservó hasta su última hora.” Pero basta ya de testimonios de cardenales, quienes ademas se honraban todos con la amistad de este hombre singular y le buscaban á porfia.

No era ménos unánime la veneracion que le profesaban los religiosos de las diversas órdenes. Recibiase su visita en los monasterios como un favor del Cielo: acudian todos á su rededor; se arrodillaban para besarle la mano, y le pedian su bendicion llenos de confianza. Unos, me serviré de sus propias expresiones, creían ver en él mas bien un ángel que un hombre; otros le consideraban como una reliquia animada; los superiores acudian á él en sus dificultades, como á un oráculo, y no hacian cosa alguna de importancia sin su parecer. Sin embargo, no igualaban estos tan profundos y respetuosos sentimientos hácia nuestro santo, á los que le tenian los padres del Oratorio. Testigos perpétuos de sus virtudes y milagros, le rendian anticipadamente, á lo ménos en parte, el culto debido á los santos: de aquí es que á escondidas se llevaban de su cuarto sus vestidos viejos,

los cabellos que caían de su cabeza, y todos los pequeños objetos de que se servía, para conservarlos en su poder como unas preciosas reliquias. También recogían cuidadosamente la sangre que se le sacaba en sus enfermedades; y algunos rezaban diariamente en forma de corona esta pequeña oración: “Santo Felipe, ruega por nosotros;” otros hicieron gravar su imagen y la colocaron en sus cuartos entre las de los santos. Los mas acostumbraban pedirle diariamente de rodillas su bendición, y otros pedían incesantemente al Señor no permitiese que muriese el santo primero que ellos, persuadidos que no les sería tolerable vivir sin el dulce trato y conversacion de aquel hombre admirable.

No habia uno que no estuviera seguro de conseguir cuanto el santo le ofreciera pedir para él. “Dios no le niega nada, decían todos, resucitará los muertos, y retirará de las puertas del infierno á los mayores pecadores, con solo que así lo quiera.” Cuando el Vicario de Jesucristo lo colocó en el catálogo de los santos, su infalible sentencia nada añadió á la opinion que ya ellos tenían de su santidad. “Hemos visto con nuestros ojos, decían, y oído con nuestros oídos, todo lo que hoy se nos manda creer.” Por otra parte, el juicio que habian formado de su santidad, se hallaba confirmado por el de las personas mas eminentes en virtud, que entónces existían. Puedo citar á San Carlos Borromeo, á San Félix de Cantalicio, á Ursula Benincasa y á Francisca de Serrone.

Siempre que el ilustre Arzobispo de Milán venia á Roma, no dejaba de pasar muchas horas en conversacion muy familiar con nuestro santo. Si estaba ausente, le escribía con frecuencia y no hacia cosa importante sin ocurrir á sus luces. Era tal la veneracion de este gran cardenal para con el siervo de Dios, que muchas veces se le vió echarse á sus piés, y besar devotamente su mano. Nadie le alababa tanto como él, ni se encomendaba con mayores instancias á sus oraciones. Al salir un dia de su cuarto, después de una larga conferencia, dijo á los que le acompañaban: “Ciertamente que este padre, es de una santidad admirable.”

San Félix de Cantalicio siempre que le encontraba en la calle, se arrodillaba para recibir su bendición, y venia siempre que podía al Oratorio, gustando tanto de la conversacion de Felipe, que le costaba gran trabajo separarse de su compañía.

No le estimaba ménos Ursula Benincasa, como se podrá ver por sus propias palabras: “Enviada por el papa al bienaventurado Felipe, á que juzgase de mi estado espiritual, luego conocí que se abrasaba su corazon en el amor divino. Para discernir el espíritu que me animaba, fingió estar enojado y me dijo aquellas cosas que creyó me habian de mortificar. Yo me postré á sus piés, y le dije: No necesitáis, padre mio, de estas pruebas para conocerme; sé de cierto que estais viendo interiormente mi corazon.”—“Volvedme aho-

ra, me dijo entónces, las injurias que os he dicho; porque yo tambien tengo necesidad de que me mortifiqueis.” Y me exigia esto con tan buena voluntad, que yo quedé sumamente edificada de su profunda humildad. Muchas veces fué testigo de mis éxtasis, y entónces yo no oia nada de lo que decian, ni podia sentir el mal que me quisieran hacer: pero al momento que este buen padre me llamaba, resonaba su voz hasta lo íntimo de mi alma, y luego volvía al uso de mis sentidos exteriores.”

Desde la primera vez que Francisca de Serro-ne tuvo la dicha de ver á Felipe, reconoció en él una eminente santidad, la que fué inmediatamente conocida de ella porque era una alma muy adelantada en los caminos de Dios. Por lo demas, tal era la opinion que acerca de este hombre verdaderamente grande tenia todo el mundo; por lo que acudian de toda Europa á consultarle y admirarlo. Aun los mismos enemigos de la religion, si llegaban una vez á conocerlo, no podian dejar de amarlo y de profesarle la mas profunda veneracion.



CAPITULO XXXIII.

Ultima enfermedad y muerte del santo.



A principios del año de 1596, asaltó al siervo de Dios una continúa fiebre, acompañada de tan atroces dolores, que lo condujo, en el espacio de diez dias, á los bordes del sepulcro. Era admirable su paciencia: no se le escapaba una sola queja, ningun movimiento, ningun gesto que diera á entender lo que padecía; y en lugar de que pidiera á nuestro Señor algun consuelo, antes le rogaba que hiciese mas pesada aquella cruz: “Dios mío, le decía, en voz baja, aumentad mis dolores; pero tambien aumentad mi paciencia.” Hiciéronse venir dos médicos para que lo viesen: llegaron, le toman el pulso, se consultan